

queridos hermanos; María, al obrar así, quiere adquirir merecimientos para nosotros. Pues bien; sacudamos nuestra indiferencia ante esos designios tan amorosos de nuestra Madre Santísima; sigamos sus pasos por medio de una vida retirada, mortificada y activa; seamos Geranios en el jardín de la Iglesia; pero Geranios olorosos, que recrean en la oscuridad de la noche; que son bañados con la más copiosa sudor; que procuran, á todo trance, dejar satisfechos los deseos del infatigable agricultor. Prometámoslo así á Dios; jurémoslo así á María. Desprendamos nuestro corazón de todos los afectos mundanales, justifiquemos nuestra mente de todos los pensamientos inútiles, apartemos nuestro cuerpo de todos los placeres ilícitos; en cuanto de nosotros dependa, sea nuestra vida, una vida retirada y oculta, alejada del bullicio del siglo, de tantas y tantas inútiles diversiones, de tantas y tantas perniciosas tertulias, y de tantas peligrosas conversaciones como el siglo nos ofrece. Detestemos nuestras pasadas flaquezas, llorando nuestra obcecación, no con las lágrimas exteriores del rostro, que de poco aprovechan, sino con las interiores del corazón, que nos preservan de la culpa, y de cuanto á ella pueda conducirnos. Trabajemos con afán para la adquisición de las cristianas virtudes, sin perder jamás de vista el ejemplo de María; entonces, sí, que semejantes al más delicioso de los Geranios, tendremos la inefable suerte de ser un día trasplantados en la tierra de promisión, en el Paraíso.

Empero, vuestra debe ser la gloria de ello, ¡oh místico Geranio! oh Madre nuestra amorosísima! Nosotros somos, y bien Vos lo veis, débiles, inconstantes, y miserables. ¡Desdichados! ¿qué podemos, pues, careciendo de vuestro auxilio, de vuestra protección y vuestro amparo? ¡Oh Madre! *Monstra te esse Matrem*, muestra que eres nuestra Madre, haciendo que nuestro corazón se desprenda de todo lo del mundo, purificándolo de los afectos terrenales, inclinándolo hácia el amor del cielo, y hácia el exclusivo deseo de los consuelos divinos: *Monstra te esse Matrem*, alcanzándonos de Dios amarguísimas lágrimas para llorar nuestras culpas, y detestar la vida, con la cual le hemos hasta ahora desconocido y ofendido; finalmente, *Monstra te esse Matrem*, sosteniéndonos, á fin de no tener que sucumbir en el penoso ejercicio de las cristianas virtudes, procurando que tengamos bien presente, que solo ellas pueden hacernos dichosos en la eternidad. Esa es la gracia que os pedimos, ¡oh Virgen Santísima! y la pedimos á vuestro maternal corazón: seguros estamos, pues, de alcanzarla.

DIA QUINTO.

LA VIUDITA,

Ó SEA:

LA MODESTIA.

Modestia vestra nota sit omnibus hominibus.

Sea vuestra modestia patente á todos los hombres.

(PHIL. IV, 5.)

Hoy ofrezco, mis amados hermanos, á vuestra meditación, una flor humilde en su aspecto, tosca en sus hojas, y grave en su color. Descollando muy poco sobre el suelo, dicha flor distínguese por sus hojas levemente dentadas; por sus formas, semejantes á una deliciosa margarita; por su violado oscurísimo, que la matiza acá y acullá, vagamente mezclado de groseros y blanquizcos estambres. Sus formas, su tamaño, su color, y aún su nombre mismo, hermanos míos, todo os habla, todo os anuncia aquella sublime virtud que está destinada á simbolizar. La Viudita, ó la flor de la viuda, hé aquí el bello nombre que la distingue, la tierna denominación que la hace grata á nuestros ojos, no ménos que á los deseos de nuestro corazón. Cual flor de la viuda la designa su colorido; cual flor de la viuda, la humildad de sus tallos; cual flor de la viuda, por último, la grata tosquedad de sus ocultas hojas. ¡Oh deliciosa Viudilla! ó por mejor decir: ¡oh Virgen Santísima, que te places en ofrecerte á nuestras miradas bajo el símbolo de esa humilde flor! ¿Qué quieres enseñarnos en esta noche? ¿qué virtud quieres excitar en nuestros miserables corazones?

¡Ah! mis queridos hermanos; ¿cuál es el distintivo de la viuda? ¿qué es lo que la hace digna de alabanzas, de admiración, de encomios? La modestia. ¡Oh virtud sublime! oh prenda sin par de un corazón cristiano! Y la necesidad de esta virtud, hermanos míos, es, pre-

cisamente, la que el Apóstol procuraba inculcar, no solo á las viudas, sino aún al comun de los fieles; así á la mujer, como al hombre; al jóven, lo propio que á la doncella.

Mas ¡ay! cuán olvidada se halla tan sublime virtud por los cristianos indiferentes! Tertuliano mismo, aún en sus tiempos, veíase obligado á levantar muy alto la voz, para hacer volver á la práctica de dicha virtud á los ya degenerados fieles. Y la voz de Tertuliano permaneció estéril para aquellos corazones; y aquella voz fué repetida en tono más alto todavía, por los Padres de la Iglesia que le sucedieron, sin que reportara tampoco todo el fruto apetecido. En pos de ellos vinieron aquellos hombres encargados de difundir la divina palabra, y gritaron, y están gritando todavía en nuestros dias, exhortando á todos, y recordando el precepto apostólico; y su voz (¡ah! especialmente en nuestros dias), no es tampoco escuchada, y acaso ella sea objeto de escarnio; en términos, que tantas y tantas exhortaciones de los ministros del Santuario, solo obtienen por respuesta ejemplos de la más descarada inmodestia, de la licencia en las costumbres, de la desenvoltura en los modales, y del cinismo en las conversaciones.

De ello se lamenta la Iglesia, y á ello atribuye una parte de los males que la están afligiendo; por eso no desperdicia ocasion para aplicarles el remedio; por cuyo motivo, á la voz de sus ministros se une la voz del Pastor supremo, que dirige su palabra á aquellos que conservan todavía el espíritu de fé, para que influyan con su ejemplo; rogando, exhortando y dictando sus decretos, á fin de que sea extirpado de su suelo ese emponzoñado germen y esa semilla tan mortífera. Y los cristianos están oyendo las voces, contemplando las lágrimas y escuchando las amonestaciones; y permanecen insensibles, callados, y obstinados; y con tal obstinacion se resisten á su cumplimiento.

¡Ah! mis amados hermanos; ¿y qué debemos hacer nosotros, ministros del Santuario, para que vuelvan las almas á la observancia de tan riguroso precepto? ¿Deberemos, acaso, manifestarlo, siendo él ya tan notorio para los fieles? ¿Deberemos demostrar la necesidad de su cumplimiento? Mas, ¿no está ya demostrada? ¿Fuera preciso indicar su conveniencia? Mas ¿no la conoceis ya; por ventura, no amais ya esa virtud? ¿Qué resta, pues, qué añadir? Voy á hablaros de las ventajas que trae consigo el ejercicio de una virtud tan sublime; única reflexion capaz de persuadir á un corazon obstinado.

Dichosos vosotros, mis amados cristianos, si convencidos de ello,

procurais conducirlos, respecto de vuestra vida exterior, tales cual la religion os quiere que seais, edificativos en el comportamiento, reservados en las conversaciones, y aún circunspectos y modestos en vuestra manera de vestir. Así, cual místicas Viuditas, sereis, en verdad, hijos de aquella Madre Santísima, que enamoraba por su modestia, y por ella atraía hácia sí las complacencias de su Dios. Escuchad, pues, mis palabras; y si despojados de toda vana preocupacion, de todo erróneo concepto, fijais vuestra atencion en mi interesante asunto, cierto estoy que, despues de haberos demostrado los incalculables beneficios que produce la modestia cristiana, lo mismo respecto de aquellos que la practican, como de aquellos que la contemplan; cierto estoy, repito, de que vosotros, sin atender para el caso á la obligacion del precepto, ni á la necesidad de la conveniencia, os persuadireis de las utilidades que proporciona esa divina virtud. Imploramos primero la gracia: A. M.

La modestia, mis amados hermanos, es, en parte, segun nos enseña el angélico Doctor, una derivacion de la cristiana templanza; y á fin de poder ocuparme con mayor extension de materia tan interesante, esta noche me limitaré solo á considerar dicha virtud, en su parte más propia á enseñarnos la moderacion respecto de nuestras palabras, de nuestras acciones, y aún respecto del modo de cubrir nuestro cuerpo. Tocante á la compostura de las miradas, al comedimiento de las palabras, á la custodia de los sentidos, á la gravedad y porte de la virtud, ella, cual mística deliciosa Viudita, las dirige y compone. Y ahora yo os pido, mis amados hermanos, que formeis vuestro juicio sobre las ventajas que puede proporcionar esa sublime virtud, en primer lugar, á la persona que la posee.

No olvideis, carísimos hermanos, cuán terrible enemigo de nuestra alma es nuestro cuerpo. Siempre rebelde y orgulloso, rehusa su sumision á la razon; y ávido solamente de cuanto puede satisfacer sus caprichos, complacer sus inclinaciones, y saciar sus apetitos, solo quisiera apegarse á la carne, á la corrupcion y á la materia. Prescindiendo, absolutamente, de todo lo exterior, tiene en sí mismo infinitas puertas por donde introducir á los enemigos: tiene, en primer lugar, los sentidos, los ojos, que pueden emplearse en ver objetos peligrosos; el oido, que á veces abre paso á abominables razonamientos; el paladar, que traga el cáliz de Babilonia; y el tacto, que gusta de brutales deleites y sensuales abominaciones. Si un poder divino no viene, pues, á cerrarnos esas terribles puertas, ¿qué estragos no tendremos que deplorar en nuestro miserable espíritu? Siendo los enemigos introdu-

cidos por tantos puntos ¿acaso nuestra fortaleza permanecerá inexpugnable?

Mas, desechad todo temor, hermanos míos; con una sola arma que empuñe vuestra mano, podreis alcanzar el triunfo más brillante. Esa arma es la modestia; sí, la modestia, que reflejándose en los ojos, hace pacto con ellos de no pensar siquiera en virgen alguna; la modestia, que, ejerciendo siempre su vigilancia sobre el oído, sabe bien el medio de preservarlo de cuanto se opone á la virtud; la modestia, que, siendo moderada en sus apetitos, solo se contenta con satisfacer la necesidad, sin temor de traspasar sus límites, ni de que sus aspiraciones puedan servir de pábulo al grosero deleite; la modestia, que, siendo mortificada en el tacto, sabe refrenar la contumaz concupiscencia con espinas, privaciones y austeridades.

Hé ahí ¡oh cristianos muy amados! el unico medio para alcanzar el triunfo; la unica arma para tener á raya á los enemigos. Fijad, si no, vuestra mirada en un hombre revestido de tal virtud. ¡Ah! el ánimo de ese hombre jamás le vereis agitado por el recuerdo de peligrosos fantasmas, ni apesadumbrado por la memoria de diabólicas tentaciones. ¡Oh! su alma es cual cándida aurora, cual luz purísima, que en parte alguna se complace más que en la anchura de los cielos, y allí se deleita en todo lo que es santo, en todo lo celestial y en todo lo divino. Su cuerpo no se halla jamás expuesto á las inquietudes de una nociva superfluidad, ni es jamás presa de diabólicas llamas; su cuerpo es una ciudadela de paz, un jardin de flores, un templo vivo de Dios. Y aún en el caso de verse rodeado, acosado, y hasta atacado en su propia persona por numerosos enemigos; ese hombre, no los mira con los ojos, ni oye con los oídos, ni siente sus golpes en la carne. Su alma es una llave que sabe abrirse una vía, un aura que vuela libremente; un espíritu, al cual no se opone la materia.

Y ¿os parece, acaso, pequeña esa ventaja, que podeis obtener por vuestra modestia? ¿Creereis, por ventura, cosa insignificante, el precaverse contra aquellas terribles tentaciones, que pudiendo asaltar nuestra alma con facilidad, y siendo difícil combatirlas, pudieran sumergirnos en la más miserable ruina? Y no es esa, hermanos míos, la única ventaja que nos proporciona la modestia cristiana ¿Quién de nosotros no siente en sus adentros, una invencible dificultad en conservar el fervor del espíritu; una tendencia, casi insuperable, por decirlo así, hácia la distraccion, la tibieza y la divagacion? ¿No basta muchas veces la vista de un simple objeto para distraer la mente, aún cuando estamos de rodillas á los piés de la imágen del Crucifi-

cado en demanda de misericordia y de auxilio? ¿Acaso el recuerdo de cosas, aún las más triviales, no viene á disipar nuestro corazon en el acto mismo, en que se halla entre los brazos de Jesús sacramentado, que es su dicha? Decidme pues; ¿pudieran, por ventura, distraer nuestra atencion tales objetos, si nuestra mirada se fijara en el suelo con la debida modestia? Y ¿qué recuerdo podría perturbar vuestra mente, si, guardando siempre aquella compostura que se requiere, no divagasen los sentidos sin direccion determinada, por no ser regulados y moderados por ley alguna?

Hallándonos, como nos hallamos, en un mundo, en donde todo es corrupcion y desórden; donde el pecado se ostenta en todas partes con la mayor desfachatez, y procura por doquier hacer presa de almas; ¿qué otra cosa más que la modestia pudiera volvernos, en cierto modo, ciegos á tanta disolucion desenfrenada, sordos á tantos razonamientos abominables, é insensibles á tantos atractivos halagüeños? Si la modestia hubiera dirigido las miradas de David, ¿hubiese éste, acaso, incurrido en tantos males? Y si la mujer, que ocasionó su caída, no se hubiese expuesto á sus miradas en un lugar demasiado público, en contra de lo que aconsejaba, de lo que prescribía la modestia, ¿hubiera ella, por ventura, mancillado su tálamo, y motivado la muerte de su amado consorte? ¡Ah! mis queridos hermanos; la modestia, solamente, puede servir de arma, de escudo y de defensa.

Contemplad á nuestra mística Viudita. María. ¡Oh! Ella fué el vivo ejemplo de la más edificante modestia. Viviendo enteramente retirada y recogida, si por acaso salía de su soledad, su mirada se dirigía al suelo, graves eran sus miradas, su andar majestuoso, y su conducta angelical. Si hablaba, sus palabras eran muy pocas, pero siempre santas; sus discursos no muy largos, pero llenos de virtud, y sus expresiones breves, celestiales y divinas. No la movía deseo alguno de adquirir ajenos aplausos, ni voluntad alguna de atraerse las ajenas miradas, ni el prurito de figurar y de brillar en el mundo. Ella, cual humilde Viudita, sabía ocultarse en la multitud de sus hojas; y si Ella era, sin embargo, el objeto de la admiracion, de la complacencia y del amor de todos; si todo el mundo permanecía estático en su presencia; eso sucedía, precisamente, por aquel aire de santidad que reflejaba su rostro, se traslucía en su mirada, y se hacía ostensible en toda su persona. No debe, pues, extrañaros el ver, que estando Ella siempre unida á su Dios, nunca disminuyera en su alma aquella intensidad de fervor que á Él la unía. No estando nunca distraida por la vista de objetos exteriores, ni jamás perturbada por fan-

tasmas, que mueven la curiosidad, su corazón no podía separarse de su Dios. Ella vivía, es verdad, en medio de unos pueblos indignos; mas los escándalos de aquella bárbara nación, no ejercían el menor imperio sobre su espíritu, ni hallaban medio alguno para introducirse en su corazón. Sus oídos solo estaban atentos á las palabras de Dios; sus sentidos, gobernados enteramente por la modestia, sabían evitar toda ocasión no santa, por pequeña que fuese. Y el efecto de su santa modestia, y del cual podía muy bien Ella gloriarse, era el adelantar cada día en la santidad de su espíritu, hacerse á sí misma instrumento de perfección, y causa, además, de perfeccionamiento ajeno en el bien.

Sí, mis queridos hermanos; á Ella debíase el perfeccionamiento ajeno en el bien, toda vez que es propio de la cristiana modestia el estimular á los demás, con su ejemplo, á la piedad, al fervor y á la virtud.

Sea vuestra modestia patente á todos los hombres, exclamaba el Apóstol: *Modestia vestra nota sit omnibus hominibus* (PHILIP., IV, 5). Mas ¿por qué, mis queridos hermanos, al paso que respecto de toda otra virtud se nos dice, que procuremos ocultarla bajo el manto de una sincera humildad, por qué, repito, se quiere y se nos ordena, que nuestra modestia sea ostensible á la faz del mundo entero? ¿Qué tiene esta virtud de particular, para que deba ser conocida de todos, direis, sin duda, en vuestro interior? ¿Y eso me lo preguntáis á mí, amados hermanos? ¿No sois acaso vosotros mismos quienes, en presencia de una persona modesta, sentís avidez en vuestro corazón, un vivo deseo de mirarla? ¿No es, por ventura, la vista de una persona grave y recogida, la que dispierta en vuestra mente pensamientos de religiosidad, deseos de virtud, afectos de fervor y de amor? ¿Y en qué tiempo os asalta el temor de vuestra propia vergüenza? ¿Cuándo sucede, que viene á cubrir vuestro rostro un justo rubor? ¿Cuáles son los momentos en que experimentáis un sentimiento de indignación contra vosotros mismos, sino cuando contempláis un hombre revestido de vuestra propia carne, señal y blanco de las mismas tentaciones, rodeado de los mismos objetos que distraen y pervierten vuestro corazón; cuando lo contempláis, repito, semejante á un ángel sobre la tierra, superior á su carne, y fuerte en sus tentaciones, precisamente, porque vive extraño á cuanto le rodea, ignorante de cuanto le ofrece el presente, inconsciente absolutamente de cuanto está obrando sobre su cuerpo mismo?

Interrogad, igualmente, á cuantos se distinguieron por su generoso desprendimiento de las cosas de la tierra, obedeciendo á un

impulso repentino que les volvió á su Dios; interrogadles respecto de la causa que les impelió á tamaño sacrificio, y os responderán, que la vista de un jóven modesto, de una recatada doncella, de una matrona circunspecta, fué el único móvil que les arrancó del siglo y les consagró al Señor. ¿Veis aquel hombre, que, poco ántes, ávido de gloria, la buscaba entre el estruendo de las armas y en medio de los horrores de los campos de batalla? Pues bien; ese hombre ha convertido su espada en crucifijo, y su coraza en cilicio, movido de un ejemplo de cristiana modestia. Paraos también en contemplar aquel otro hombre, que, afanado, únicamente, en procurarse honores y riquezas, trataba hace poco de sobresalir en la ciencia del foro y de suplantar á cuantos émulos le rodeaban, y á cuantos contrincantes intentaban rivalizar con él. Pues bien; ese ha trocado el foro por la humilde celda, y su toga por el sayal; y gracias á algun ejemplo recibido de cristiana modestia, hoy vive en un claustro, consagrado enteramente al Señor.

Y aún cuando, mis amados hermanos, no obrara esa sublime virtud sobre nuestro ánimo en un grado tan eminente; ¿no fuera ella, acaso, suficiente para impedir, cuando no otra cosa, la descarada impudencia y el triunfante delito? Y ¿cuántos ejemplos no nos ofrece la historia de hombres, que refrenaron su abominable lenguaje, renunciaron á su vida licenciosa, y repararon sus horribles faltas, simplemente, por haber visto algun modesto cristiano, alguna recatada doncella, ó algun jóven edificativo? ¿Por ventura no leemos, que verificábase esto en presencia de San Luis Gonzaga? ¿Acaso no se nos refiere, que eso mismo pasaba en presencia de San Bernardino de Sena? ¿No se nos asegura otro tanto de muchísimas otras personas, cuyos ejemplos fuera prolijo ahora describir circunstanciadamente?

¡Oh! con razón decía el Apóstol de las naciones, que fuera patente á los ojos de los hombres nuestra modestia: *modestia vestra nota sit omnibus hominibus*. Y aquí muy amados hermanos, no puedo ménos de dar libre salida á un sentimiento de indignación, que con tal motivo viene á sublevar mi conciencia. ¿Cómo, decir, que se hace patente la modestia con esos vanos atavíos, de que nos ofrecen tan deplorable ejemplo las mujeres cristianas, especialmente en nuestros días? ¿Se hace, acaso, patente la cristiana modestia con ese vestido lleno de perifollos, pero siempre desaliñado, provocador, y harto elocuente para las impúdicas miradas de aviesas pasiones? ¿Se hace patente la cristiana modestia, y se llama con el propio ejemplo á otras almas al Señor, con esa desenvuelta y licenciosa conducta,

que, hija de la moderna educacion, y unida á los halagüeños atractivos que la imaginacion se representa, contribuye á fomentar la vanidad respecto de los atavíos, da mayor refinamiento al arte de engalanarse, y cautiva á la vez tantas almas con los lazos de la infamia, sumerge tantos corazones en el cieno y la inmundicia, y arrebató tantos cristianos al amoroso seno de Dios?

¡Oh Madre, mística Viudita! Tú, que siempre te mostraste humilde en el color de tus hojas, y siempre modesta en los matices de tus flores ¡ah! haz que procuren siempre imitarte tus devotos, tus queridísimos hijos.

María, mis amados hermanos, si bien de ilustre prosapia, toda vez que descendía de real familia, no corría en pos de las vanas modas del siglo, de las falaces pompas del mundo. Su peinado no era extravagante y complicado, sino modesto y decoroso; no adornaban su cuerpo ricos vestidos, sino que lo cubría, enteramente, un traje humilde; su exterior no era excesivamente esmerado, sino que resplandecían en Ella la santidad y la virtud. Ella anhelaba, sí, los adornos y las joyas; pero, quería que fuesen verdaderas y permanentes. Eran de oro sus vestidos; pero del oro del amor: su velo era cándido; pero del candor de su virginidad: su manto rico; pero rico de gracia: su cabello estaba prendido; pero con una diadema celestial: de su cuello pendían los collares; pero esos collares eran virtudes entrelazadas: en una palabra, todo lo que la cubría, todo, absolutamente, era modestia, pudor y santidad.

Añadid á ello la inocencia de la mirada, la circunspeccion de sus maneras, lo ejemplar de su conducta, la compostura del rostro, la gravedad que se descubría en su trato, y la santidad de sus razonamientos, y luego, decidme; ¿qué tiene de particular, que su presencia edificara á los Hebreos, hiciera que los Egipcios se avergonzaran de sí mismos, y que sus parientes y amigos sintieran reanimar en su presencia el fervor de sus almas?

¡Oh! cuánto yo deseara, mis amados hermanos, haberla podido ver, cuando despues de haber penetrado en el umbral del Templo, conversaba con las doncellas israelitas! Con ellas se dedicaba al trabajo de sus manos, al estudio de las sagradas Escrituras, á la oracion cotidiana y á largas meditaciones. ¡Oh! cuán poderosamente debía infundir en los corazones de sus compañeras las llamas del amor, el incendio de la caridad, y el celo de la perfeccion y de la virtud; el candor de sus lágrimas, y los suspiros de su corazón! Yo me imagino, que aquellas fervorosas pláticas, aquellos santos razonamientos y modestas expresiones, debieron de ser otros tantos dardos para aquellos

tiernos corazones, otros tantos estímulos para aquellas almas afortunadas, y otras tantas invitaciones para entrar en coloquios con su Dios. Sí, lo repito; yo hubiera querido verla.... Mas ¿dónde me hubiera sido posible verla, mis queridos hermanos, sin tener en todas partes ante mis ojos el más raro ejemplo, el más perfecto dechado de su profunda modestia, de su inimitable, y casi estoy por decir, divina circunspeccion?

¡Ah! vosotros solamente, ¡oh santos ángeles! tan solo vosotros, que la contemplabais en su mirada, la acompañasteis en sus viajes, la visteis en la cueva de Belen, la seguisteis á Egipto, velasteis por Ella durante la noche, y no la abandonasteis durante el dia; vosotros, solamente, que, atónitos al contemplar tantos sublimes ejemplos, respetabais en Ella á vuestra Soberana y á vuestra Reina; solo vosotros, digo, pudierais explicarnos las sublimes enseñanzas, que nuestra Santísima Madre ofrecía á vuestras propias miradas.

¡Ah, hermanos míos muy amados! avergonzémonos, sí, avergonzémonos de nosotros mismos. Habiendo sido colocados por Dios en la tierra, para que nos santifiquemos con la práctica de santas obras, y conduzcamos á los demás con nuestro ejemplo á su servicio; nosotros, hasta el presente, nos hemos perdido á nosotros mismos, y hemos perdido á los demás; con una vida mundana, licenciosa é inmodesta. Sordos al precepto del Altísimo, no nos hemos revestido de aquella santa modestia, la única que podía impedir á nuestros enemigos la entrada en nuestro corazón; que podía conservar en nuestro interior el fervor del espíritu; que debía hacernos extraños á los escándalos de que la tierra está llena. Habiéndonos resistido á aquella voz suave, que nos intimaba ser luminosas antorchas á la faz de todo el mundo, hemos descuidado el medio, que á tantas almas hubiera hecho volver al Señor, y alejado á tantas otras de las culpas y de los delitos.

¡Ah! reconociendo en esta noche ese doble beneficio que nos proporciona la cristiana modestia, no dejemos de pedirla con lágrimas á nuestra Madre Santísima. Sí, lo confieso con vosotros, mis amados hermanos; hoy es muy difícil, en la tierra, la práctica de tan celestial virtud: el siglo la persigue con las modas vanas, la combate con inéguas máximas, los impíos la toman por blanco de irrision y de sarcasmo. Empero, si los hombres hacen difícil su práctica, el ejemplo de nuestra Madre María nos la hace facilísima. Ella, cual mística Viudita, con el recogimiento de sus miradas, la santidad de sus razonamientos, y la humildad de sus vestidos, desde ese altar mismo, por medio de esa imagen misma, que estais contemplando en él; os está diciendo; ¡Oh amados hijos míos! ¿por qué andais perdidos en pos de

las vanidades? ¿De qué os aprovecha ese lujo en el traje, esa altanería en los modales, esa licencia en las conversaciones? ¡Ah, hijos seducidos! cerrad los oídos á las perversas enseñanzas de la tierra, é imitadme á mí, que soy vuestro modelo, vuestra guía, vuestra Madre amorosísima. Vuestras vanidades han de tener fin algún día; vuestro orgullo será pasto de los gusanos; vuestras palabras serán pesadas en la tremenda balanza de la justicia divina. Pero ¿y vuestras almas? ¡Ah! vuestras almas sufrirán por toda la eternidad la pena de vuestro orgullo, el galardón de vuestras vanidades, la condenación de vuestra licencia.....

Mas ¡ay! no sea así ¡oh Madre piadosísima! Vos, más bien que amenazar á vuestros queridos hijos con el último suplicio, reservado para los vanidosos y soberbios; Vos, repito, hacedlos dignos de Vos misma y de vuestra amistad. Infundid en nuestros corazones el desprecio de las vanidades de las mundanales grandezas; amaestrádnos en la humildad de la conducta, en la santidad del trato y en la custodia del corazón; purificad nuestras lenguas, santificad nuestras palabras, hacednos, en una palabra, verdaderos ejemplos de modestia y de virtud. Adornádnos con los ornamentos celestiales, de suerte, que nos sirva de candor nuestra sencillez, de color sonrosado nuestro pudor, y brille en nuestros ojos la modestia; sean gratos nuestros labios por el silencio, adórnense nuestras cabezas con el yugo de Jesucristo, y cúbranse nuestros miembros con la túnica inconsútil de nuestra Religión y con el sedoso manto de la probidad. Y entónces, siendo también nosotros místicas Viuditas, ostentaremos en nuestras frentes en los espirituales jardines, la señal con que se distingue á vuestros hijos y vuestros verdaderos devotos.

DIA SEXTO.

LA MARAVILLA,

Ó SEA:

LA PRESENCIA DE DIOS.

Ambula coram me, et esto perfectus.
Camina delante de mí, y sé perfecto.
(GEN. XVII, 1.)

Á la manera que una aurora naciente se levanta magestuosa desde la cumbre de un monte, para recorrer los inmensos espacios del cielo, hasta llegar á colocarse en el centro del firmamento, y desde allí, inundar con su luz toda la redondez de la tierra; del mismo modo, desde el monte de los Olivos, elevóse el Redentor, y se dirigió con raudo vuelo á las esferas del Empíreo. Circuido de esplendor, lleno de majestad y coronado de gloria, viéronle los apóstoles y los discípulos, y le contemplaron como si su cuerpo fuera leve pluma y aura lijerísima, desplegando, majestuoso, sus doradas alas, surcando los aires, atravesando nubes, penetrando en el Empíreo, y volviendo glorioso á aquel trono, del cual anonadado, abatido y en la forma humilde de siervo, descendiera un día para la redención del mundo.

Entre la multitud de los asombrados discípulos, acompañada de las devotas mujeres, le contempla también su Santísima Madre, le sigue inmóvil con la vista, y le acompaña con la afectuosa expresión de sus miradas. Mas ¡ay! que una nube le arrebató al encanto de su alma, le ocultó á las delicias de su corazón, le cubre enteramente con un velo á sus ojos.

¡Oh, Madre! ¿será posible que, desde hoy en adelante, te hayas de ver privada de la vista de tu Hijo? ¿No has de tenerle más presente ante tus miradas? ¿No has de poderle estrechar más contra tu amoroso seno? ¿No has de gozarle ya en la contemplación de su innata belleza? ¡Ah! muy al contrario, mis amados cristianos; Jesús estará